



LA VIDA DEL LATINO EN ESTADOS UNIDOS

CRÓNICA COMPLETA
EDICIÓN
LIMITADA
2027
DR. ALEXANDER FIGUEROA

La Vida del Latino en Estados Unidos

Crónica Completa

Nuestras tradiciones, nuestra fortaleza

Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre

RP #108356

Biblioteca Latina de Supervivencia en EE.UU. · Edición Limitada · 2027

NOTA DE LA OBRA

Este libro es una **crónica**: una obra de carácter narrativo, testimonial y de ensayo cultural que busca retratar, con respeto y con orgullo, la experiencia de la comunidad latina en Estados Unidos.

La comunidad latina es **enormemente diversa** —en países de origen, historias, creencias, opiniones políticas y formas de vivir—, y ninguna obra podría representar a cada una de sus millones de personas. Lo que aquí se cuenta son trazos generales, vivencias compartidas y reflexiones, no la última palabra sobre nadie. Cada familia, cada persona, tiene su propia historia, igual de válida.

Las **cifras** mencionadas provienen de estudios y reportes recientes y se ofrecen como **referencia general**; pueden variar según la fuente y el momento, y cambian con el tiempo.

Esta obra tiene fines culturales, educativos y de homenaje. **No constituye asesoría legal, migratoria, médica ni financiera.** Para necesidades prácticas concretas, el autor remite a las guías especializadas de esta misma biblioteca y a los profesionales correspondientes.

El autor es médico graduado en Cuba; esta obra no implica que posea licencia profesional en los Estados Unidos. El término “Dr.” corresponde a su formación médica.

*Para los millones de latinos que sostienen este país con sus manos,
su fe y su esperanza. Esta crónica es suya.*

Contents

Prólogo: Esta crónica es nuestra	4
Capítulo 1: El que llega	6
Capítulo 2: Quiénes somos — el mosaico latino	8
Capítulo 3: Las manos que sostienen	10
Capítulo 4: La mujer latina — la fuerza que sostiene	12
Capítulo 5: La familia — nuestro centro de gravedad	14
Capítulo 6: Entre dos mundos — los hijos y las generaciones	16
Capítulo 7: El idioma y la identidad	18
Capítulo 8: Fe, fiesta y tradiciones — el alma que no se rinde	20
Capítulo 9: La salud de nuestra gente	22
Capítulo 10: Las heridas — los desafíos que enfrentamos	24
Capítulo 11: Los logros — de la nada a la cima	26
Capítulo 12: El sueño americano — entre el mito y la verdad	28
Capítulo 13: El futuro es nuestro	30
Epílogo: Nuestras tradiciones, nuestra fortaleza	32
Sobre el autor	34
Otros títulos de la Biblioteca Latina de Supervivencia en EE.UU.	35

Prólogo: Esta crónica es nuestra

Hay una historia que no se cuenta lo suficiente, y es la nuestra.

Se habla de nosotros en los noticieros, en los discursos, en las estadísticas, en los debates. Pero pocas veces nos contamos a nosotros mismos, con nuestra propia voz, lo que somos: quiénes llegamos, cómo vivimos, qué sostenemos, qué soñamos, qué duele y qué celebramos. Este libro nace para llenar ese vacío. No es un manual ni una guía de trámites —para eso escribí otros—. Este es un espejo y, sobre todo, un homenaje. Una crónica de la vida del latino en Estados Unidos, escrita desde adentro, por uno de los nuestros.

Y quiero empezar con un dato que debería llenarte de orgullo, porque resume una verdad que muchos ignoran. Hoy somos **más de sesenta y cinco millones de latinos en Estados Unidos**: casi uno de cada cinco habitantes de este país. Si nuestra comunidad fuera una economía aparte, estaría entre las **más grandes del mundo entero**, de las que más rápido crecen, por encima del ritmo de naciones enteras. Somos la columna de la fuerza laboral que sostiene este país, y una fuerza que no para de crecer; un dato hermoso y poco conocido es que ese crecimiento hoy viene sobre todo de **los hijos que nacen aquí**, no solo de los que llegan: ya somos un pueblo arraigado, con generaciones nacidas en esta tierra. No somos una nota al margen de Estados Unidos. Somos parte de su corazón y de su motor.

Pero esta crónica no va de cifras. Las cifras solo confirman lo que ya sabemos en la piel: que detrás de cada número hay un ser humano con una historia. El que cruzó con una maleta y un nudo en la garganta. La madre que limpia casas de día y estudia de noche. El muchacho que se gradúa mientras sus padres lloran de orgullo en la primera fila. El abuelo que aún reza en español. La familia que se reúne el domingo a comer lo de su tierra mientras suena la música de allá. Esos somos nosotros. Esa es la vida que voy a contar.

La voy a contar completa, sin adornarla de más ni esconder sus sombras. Voy a hablar del que llega y de su travesía; del mosaico de pueblos que somos; de las manos que sostienen este país con su trabajo; de la familia, que es nuestro centro de gravedad; de los hijos que crecen entre dos mundos; del idioma y la identidad; de la fe, la fiesta y las tradiciones que nos anclan; de las heridas que cargamos; de los logros que alcanzamos; y del futuro, que cada día es más nuestro.

Lo hago bajo el lema que aparece en la portada de este libro, porque resume el alma de nuestra gente: **nuestras tradiciones, nuestra fortaleza.** Porque es justamente lo que somos —nuestra cultura, nuestra fe, nuestra familia, nuestra manera de querer y de trabajar— lo que nos ha hecho resistir, prosperar y enriquecer a este país.

Te invito a leer esta crónica como lo que es: un acto de amor y de orgullo por los nuestros. Si eres latino, espero que te veas en estas páginas y sientas que alguien por fin contó tu historia. Y si no lo eres, espero que conozcas, de verdad, quiénes somos. Porque la vida del latino en Estados Unidos es una de las grandes historias de coraje, trabajo y esperanza de nuestro tiempo. Y merece ser contada. Empecemos.

Capítulo 1: El que llega

Toda esta crónica empieza con un instante: el momento en que alguien decide irse.

No es una decisión que se tome a la ligera. Detrás de cada latino que llega a Estados Unidos hay una despedida desgarradora: una madre que se queda en el umbral, unos hijos que no entienden por qué papá se va, una casa que se cierra, una vida entera que cabe, de pronto, en una maleta. Nadie deja su tierra, su gente y su idioma por capricho. Se va por necesidad, por miedo, por hambre, por violencia, por falta de futuro, o por el sueño terco de darles a los suyos algo mejor de lo que se podía allá. Irse es, casi siempre, el acto de amor más doloroso de una vida.

Las formas de llegar son tan distintas como nosotros mismos. Algunos vinieron en avión, con una visa y un plan. Otros cruzaron fronteras a pie, atravesaron desiertos, ríos y selvas, pusieron la vida en juego. Algunos llegaron hace cuarenta años; otros, la semana pasada. Algunos llegaron solos; otros, con la familia entera de la mano. Yo mismo crucé varios países y hasta una selva para llegar aquí, así que conozco en carne propia lo que cuesta este primer capítulo. Pero todos, sin importar el cómo, compartimos un mismo umbral: el momento de poner un pie en tierra desconocida y sentir, al mismo tiempo, el vértigo del miedo y el latido de la esperanza.

Hay una imagen que muchos llevamos grabada: la primera vez que se ve, de lejos, la promesa de este país. Para generaciones de inmigrantes fue la Estatua de la Libertad alzando su antorcha en el puerto; para otros es el perfil de una ciudad encendida al amanecer, o simplemente el cartel de bienvenida de un pueblo. Ese instante condensa todo lo que somos al llegar: gente que lo apostó todo a una esperanza.

Y entonces llega el primer choque, el que nadie nos cuenta del todo. El país soñado resulta más duro, más frío y más ajeno de lo imaginado. No entendemos el idioma. No conocemos a nadie. Todo es distinto: la comida,

el clima, las costumbres, la manera en que la gente se saluda o no se saluda. El profesional descubre que su título no vale lo mismo aquí. El que tenía casa duerme apretado con otros. El que era “alguien” en su pueblo se vuelve, de pronto, invisible. A ese golpe los que estudiamos estas cosas le llamamos de muchas maneras, pero la gente lo dice más sencillo: *“llegué y me sentí perdido”*.

Sin embargo —y aquí está la semilla de todo lo que viene— el latino que llega trae algo que no se ve pero que lo cambia todo: una capacidad de aguante, de trabajo y de esperanza que asombra. Lloramos de noche, sí, pero al amanecer nos levantamos a buscar trabajo. Extrañamos hasta el dolor, pero mandamos el primer dinero a casa con orgullo. Nos sentimos perdidos, pero preguntamos, aprendemos, nos adaptamos. El que llega no llega derrotado: llega golpeado pero de pie, con una determinación que es, quizás, nuestra característica más profunda.

Porque llegar es apenas el principio. Lo que el latino hace después de llegar —cómo trabaja, cómo cuida a los suyos, cómo se reinventa, cómo florece— es el verdadero corazón de esta crónica. Y de eso tratan las páginas que siguen. El que llega, llega para quedarse, para construir y, con el tiempo, para formar parte indeleble de este país. Esa es nuestra historia, y apenas comienza.

Capítulo 2: Quiénes somos — el mosaico latino

Cometería una injusticia si contara esta crónica como si fuéramos todos iguales. Porque la primera gran verdad sobre el latino en Estados Unidos es esta: **no somos un solo pueblo. Somos muchos.**

Bajo la palabra “latino” o “hispano” cabe un mosaico inmenso. Están los mexicanos, que son por mucho el grupo más numeroso y cuya presencia en estas tierras es más antigua que muchas fronteras. Están los puertorriqueños, que son ciudadanos americanos de nacimiento y llevan generaciones tejiendo su historia aquí. Están los cubanos, marcados por el exilio —yo entre ellos—. Están los dominicanos, los salvadoreños, los guatemaltecos, los hondureños, los colombianos, los venezolanos, los peruanos, los ecuatorianos, los nicaragüenses, y tantos más. Cada uno con su acento, su comida, su música, su historia de por qué llegó.

No nos parecemos en todo. Un cubano de Miami, un mexicano de Los Ángeles, un puertorriqueño del Bronx y un guatemalteco de Houston tienen vidas y miradas distintas. Hasta hablamos el español de maneras diferentes: lo que para uno es una “guagua” para otro es un “camión”; lo que para uno es un “pana” para otro es un “cuate”. Tenemos opiniones políticas distintas, religiones distintas, sueños distintos. Sería un error —y una falta de respeto— meternos a todos en el mismo molde.

Y sin embargo, hay un hilo de oro que nos une a todos en este mosaico. Nos une **la lengua**, ese español que es la casa común donde nos entendemos. Nos une un puñado de **valores** que se repiten de país en país: el amor profundo a la familia, la fe, el respeto a los mayores, la calidez con que tratamos al prójimo, la importancia de la palabra dada, las ganas de echar pa'lante. Nos une la **música y la comida** que, con todas sus variantes, comparten un alma. Y nos une, sobre todo aquí, una **experiencia común**: la de ser el que llegó de afuera, o hijo del que llegó, y tener que abrirse paso en una tierra nueva sin perder lo propio.

Vivimos por todo el país, aunque hay lugares donde nuestra presencia late más fuerte: los barrios donde se oye el español en cada esquina, donde hay una bodega en lugar de un grocery, donde una calle se llama “Pequeña Habana” o “Pequeña Maravilla”, donde las banderas de nuestros países cuelgan con orgullo de los balcones. Esos barrios son pedazos de nuestra tierra trasplantados a este suelo, y son el alma visible de nuestra comunidad.

Conviene desmontar aquí un mito, con datos en la mano. Mucha gente piensa que “latino” es lo mismo que “recién llegado”. Falso. La realidad es que una enorme parte de nuestra comunidad **nació en Estados Unidos**: la mayoría de los jóvenes latinos son estadounidenses de nacimiento, hijos y nietos de los que llegaron. De hecho, el crecimiento de nuestra población hoy se debe sobre todo a los nacimientos, no a la inmigración. Es decir: ya no somos solo “los que vienen llegando”. Somos un pueblo **arraigado**, con raíces hondas en esta tierra, con generaciones que crecieron aquí y que son tan de este país como cualquiera, sin dejar de ser latinas.

Ese es el mosaico: diverso en sus piezas, unido en su esencia. Veintitantos países, mil acentos, una infinidad de historias, y un alma compartida. Cuando alguien dice “los latinos”, que sepa que está nombrando no a una masa uniforme, sino a uno de los tapices humanos más ricos y variados de todo Estados Unidos. Y en esa diversidad, precisamente, está una buena parte de nuestra riqueza.

Capítulo 3: Las manos que sostienen

Si un día, por arte de magia, desaparecieran de Estados Unidos todas las manos latinas durante veinticuatro horas, este país se detendría. No es una exageración: es una de las verdades más concretas de esta crónica. **Buena parte de lo que sostiene la vida diaria de esta nación se mueve con manos latinas.**

Mira a tu alrededor y verás nuestro trabajo en todas partes. La comida que llega a las mesas pasó, muy probablemente, por manos latinas en el campo que la cosechó, en el camión que la transportó, en la cocina del restaurante que la preparó. Los edificios que se levantan en cada ciudad llevan el sudor de obreros latinos. Los hoteles están limpios porque alguien de los nuestros preparó cada habitación. Los ancianos están cuidados porque una latina, con paciencia y cariño, los acompaña. Los jardines, las fábricas, los almacenes, las plantas de empaque, los hospitales: en todos late el trabajo de nuestra gente.

Y es un trabajo, en muchos casos, duro. De los que cansan el cuerpo, los que se hacen bajo el sol o en el frío, los que empiezan antes del amanecer. Trabajos que muchos no quieren hacer y que los latinos tomamos sin quejarnos, porque traemos grabada una verdad que es casi una religión: **que el trabajo honrado dignifica, y que no hay vergüenza en ganarse el pan con las manos.** Esa ética del trabajo —esa disposición a hacer lo que haya que hacer por la familia— es uno de los mayores tesoros que el latino le aporta a este país.

Pero sería un retrato incompleto si dijera que solo cargamos cajas y limpiamos pisos. El latino también es el dueño del restaurante, el contratista que emplea a una cuadrilla, la enfermera, el maestro, el médico, el ingeniero, el empresario. Y, cada vez más, somos los que emprendemos: los negocios de dueños latinos crecen año tras año, generando empleo y riqueza. Empezamos muchas veces desde abajo, sí, pero no nos quedamos abajo: subimos, aprendemos, fundamos, prosperamos.

Y aquí los números confirman lo que las manos demuestran. Los estudios más recientes calculan que la economía generada por los latinos en Estados Unidos ronda **varios billones de dólares al año** —una cifra tan grande que, si nuestra comunidad fuera un país aparte, su economía estaría entre las cinco más grandes del mundo, y entre las que más rápido crecen del planeta—. Más aún: como nuestra población es joven y trabajadora, somos quienes estamos sosteniendo el crecimiento de la fuerza laboral del país, llenando los huecos que dejan las generaciones que se jubilan. En otras palabras, fríamente: Estados Unidos **necesita** el trabajo latino para seguir funcionando y creciendo. No somos una carga, como a veces se nos pinta. Somos un motor.

Quiero detenerme en algo que me toca el corazón como médico. Detrás de cada uno de esos trabajadores hay un cuerpo que se desgasta y una familia que espera. El que se rompe la espalda en la construcción, la que se daña las manos con químicos de limpieza, el que maneja agotado para llegar a la segunda chamba: lo hacen por amor a los suyos. Por eso, parte de honrar el trabajo latino es también cuidarlo: que conozca sus derechos, que proteja su salud, que no se deje explotar. La dignidad del trabajo incluye la dignidad del trabajador.

Las manos latinas sostienen este país. Lo cosechan, lo construyen, lo limpian, lo cuidan, lo cocinan, lo emprenden. Y lo hacen, casi siempre, en silencio, sin pedir aplausos, con la única recompensa de poder mandar dinero a casa o ver a los hijos salir adelante. Esta crónica se quita el sombrero ante esas manos. Porque son, literalmente, las que levantan cada día buena parte de Estados Unidos.

Capítulo 4: La mujer latina — la fuerza que sostiene

No podría llamarse completa esta crónica si no le dedicara un capítulo entero a quien, muchas veces en silencio, ha sido la columna vertebral de nuestra comunidad: **la mujer latina**. Porque si la familia es nuestro centro de gravedad, la mujer latina ha sido, con enorme frecuencia, el corazón que hace latir ese centro.

Pensemos en ella. La madre que cruzó fronteras con un hijo en brazos. La que limpia casas de día, cuida a sus hijos de tarde y todavía encuentra fuerzas para la familia de noche. La abuela que cría a los nietos para que los padres puedan trabajar. La esposa que sostiene el ánimo del hogar cuando todo parece cuesta arriba. La hija que traduce, que acompaña, que carga responsabilidades de adulta siendo casi una niña. La mujer latina ha cargado, una y otra vez, con una doble y hasta triple jornada —el trabajo de afuera, el trabajo de la casa y el trabajo de sostener emocionalmente a los suyos— casi siempre sin que nadie le aplauda.

Y lo ha hecho con una fortaleza que asombra. Hay una resistencia callada en la mujer latina que es, quizás, una de las fuerzas más poderosas de toda nuestra historia en este país. Es la que no se rinde, la que se levanta primero y se acuesta de última, la que aguanta para que los suyos no aguanten. Detrás de incontables familias latinas que salieron adelante, hay una mujer que se partió el alma para lograrlo.

Pero sería injusto, y además falso, encerrar a la mujer latina solo en el papel de la que sacrifica y sostiene. Porque la mujer latina de hoy es también, cada vez más, **la que estudia, la que emprende, la que lidera**. Las latinas están entre las que más rápido abren negocios en este país; cada año más de ellas se gradúan, llegan a profesiones, ocupan posiciones de liderazgo, alzan la voz. La hija de la que limpiaba casas hoy es enfermera, maestra, abogada, empresaria. Esa es una de las transformaciones más hermosas de nuestra comunidad: ver a las mujeres latinas conquistar espacios que antes les estaban cerrados, sin dejar de ser el corazón de sus familias.

Esto trae, eso sí, sus propias tensiones, y quiero nombrarlas con respeto. La mujer latina vive a veces atrapada entre dos expectativas: la tradición que le pide ser ante todo madre y sostén del hogar, y un mundo nuevo que le abre puertas y le pide también realizarse fuera de casa. Encontrar el equilibrio entre esas dos fuerzas, sin culpa y sin renunciar a sí misma, es uno de los retos silenciosos de muchas de nuestras mujeres. Y lo enfrentan, como casi todo, con una entereza ejemplar.

Quiero, en esta crónica, hacer algo que no se hace lo suficiente: **rendirle homenaje a la mujer latina**. A la madre, a la abuela, a la trabajadora, a la estudiante, a la emprendedora, a la que sostiene y a la que conquista. A todas las que, con su fortaleza callada, han hecho posible que nuestra comunidad no solo sobreviva, sino que florezca. Si los hombres latinos hemos puesto las manos para construir este país, las mujeres latinas han puesto, además de las manos, el corazón que mantiene todo unido.

A las mujeres latinas que lean esto: gracias. Su fuerza es el secreto mejor guardado de nuestra historia. Y a los hombres que las rodeamos, una palabra: reconozcámoslas, valorémoslas, apoyémoslas, compartamos la carga. Porque una comunidad que cuida y honra a sus mujeres es una comunidad imparabile. La mujer latina no es la fuerza detrás de la comunidad: es, en muchos sentidos, la comunidad misma sosteniéndose en pie.

Capítulo 5: La familia — nuestro centro de gravedad

Si me preguntaran cuál es el corazón que late en el centro de la vida latina, no dudaría un segundo en la respuesta: **la familia**. Para entender al latino en Estados Unidos hay que entender, primero, lo que significa la familia para nosotros. No es un detalle de nuestra cultura: es el eje sobre el que gira todo lo demás.

En la cultura latina, la familia no se reduce a papá, mamá e hijos. Es un universo amplio: los abuelos que se respetan y se cuidan, los tíos, los primos, los padrinos, los compadres. Es la casa donde caben todos, la mesa que siempre tiene un puesto más, el domingo sagrado de reunirse a comer. Es la abuela que cría a los nietos, el hermano mayor que ayuda al menor, la red que te sostiene cuando caes. Mientras en otras culturas se celebra al individuo que se basta a sí mismo, nosotros celebramos al que cuida de los suyos. *La familia es primero* no es una frase bonita: es una manera de vivir.

Esa centralidad de la familia explica muchísimo de lo que el latino hace en este país. Explica por qué aceptamos los trabajos más duros sin chistar: lo hacemos por ellos. Explica el fenómeno conmovedor de **las remesas**: ese dinero que millones de latinos mandan, mes a mes, a los padres, los hijos o los hermanos que se quedaron en el país de origen, muchas veces quitándoselo de su propia comodidad. Hay abuelos en nuestros países que comen, se curan y viven gracias al sacrificio de un hijo que limpia oficinas en Estados Unidos. Esa cadena de amor que cruza fronteras es una de las cosas más hermosas y menos reconocidas de nuestra gente.

La familia es también nuestra **red de seguridad** en un país que muchas veces no nos da otra. Cuando alguien llega, la familia que ya está aquí lo recibe, lo aloja, le consigue el primer trabajo, le enseña a moverse. Cuando alguien cae enfermo o pierde el empleo, la familia se aprieta el cinturón para ayudarlo. Donde no hay seguro, donde no hay ahorro, donde no hay Estado que sostenga, está la familia. Hemos sobrevivido y prosperado, en

gran medida, porque nos tenemos los unos a los otros.

Pero no quiero pintar un cuadro de postal. La familia latina en Estados Unidos también carga dolores enormes. Está el dolor de **la familia separada**: padres que dejaron hijos en el país de origen y los ven crecer por una pantalla; familias partidas por las fronteras y las leyes, que pasan años sin abrazarse. Está el peso sobre el que emigró, que carga la responsabilidad de sostener a los de aquí y a los de allá. Y está el desafío, del que hablaré en el próximo capítulo, de criar hijos en una cultura distinta a la propia. Amar tanto a la familia, cuando la familia está dividida por miles de kilómetros, duele tanto como fortalece.

Y sin embargo, incluso en la distancia y el dolor, la familia sigue siendo nuestra fuerza. Es lo que nos da una razón para aguantar, para levantarnos, para seguir. El inmigrante latino rara vez trabaja para sí mismo: trabaja para una madre, para unos hijos, para un proyecto familiar más grande que él. Esa es nuestra gasolina secreta. Cuando entiendes que el latino casi nunca pelea su batalla solo, sino cargando sobre los hombros a toda su familia, entiendes de dónde sale su fuerza casi sobrehumana para trabajar y resistir.

La familia es nuestro centro de gravedad. Lo que nos ancla, lo que nos duele, lo que nos impulsa. Quítale a un latino su título, su casa, su idioma, su comodidad, y seguirá de pie mientras tenga por quién luchar. Esa es, quizás, la clave más profunda de nuestra historia en este país.

Capítulo 6: Entre dos mundos — los hijos y las generaciones

Hay una escena que se repite en miles de hogares latinos y que encierra uno de los capítulos más delicados de nuestra crónica: un padre que habla en español le dice algo a su hijo, y el hijo le responde en inglés. En esa pequeña escena cotidiana está todo el reto, hermoso y difícil, de las generaciones: el de criar y crecer **entre dos mundos**.

Los hijos de los latinos que llegaron —y los hijos de esos hijos— crecen en una encrucijada cultural única. En casa viven una cultura: el español, la comida de la abuela, el respeto a los mayores, las tradiciones, la música de los padres. Afuera, en la escuela y con los amigos, viven otra: el inglés, la cultura americana, otras costumbres, otra forma de ver el mundo. No pertenecen del todo a ninguna de las dos, y a la vez pertenecen a ambas. Son, como se dice con cariño y con verdad, de aquí y de allá al mismo tiempo.

Esto trae una riqueza enorme. Estos jóvenes son **bilingües, biculturales**, capaces de moverse en dos mundos, de tender puentes que sus padres no podían tender. Muchos se convierten en el traductor de la familia desde niños, en el que llena los formularios, el que habla con el médico o el maestro. Llevan en sí lo mejor de dos culturas, y esa doble raíz, bien cultivada, es una ventaja extraordinaria para la vida.

Pero también trae tensiones, y sería deshonesto no nombrarlas. Está la **brecha del idioma**: padres que hablan poco inglés e hijos que van perdiendo el español, hasta que a veces les cuesta conversar a fondo. Está la **brecha cultural**: padres que crecieron con unos valores y unas formas, e hijos formados por una cultura distinta, lo que genera choques sobre la libertad, el respeto, las salidas, las expectativas. El adolescente latino a veces siente vergüenza de lo “demasiado latino” de su casa frente a sus amigos; los padres a veces sienten que están “perdiendo” a sus hijos ante una cultura que no entienden del todo. Es un duelo silencioso que viven

muchas familias.

A los padres latinos que viven esto quiero decirles algo, de corazón: **no están perdiendo a sus hijos; los están viendo florecer en un mundo distinto al de ustedes.** El reto no es forzarlos a ser solo de allá, ni dejarlos volverse solo de aquí, sino ayudarlos a abrazar sus dos mitades con orgullo. Enséñenles el español, cuéntenles de dónde vienen, manténganlos cerca de las tradiciones, no porque tengan que elegir, sino porque entre más raíces tengan, más fuertes serán las alas. Un hijo que conoce y ama su origen latino no es menos americano; es más rico, más completo, más fuerte.

Y a los jóvenes que viven entre dos mundos, también les hablo: lo que a veces sienten como una confusión —“no soy ni de aquí ni de allá”— es en realidad un superpoder. Ustedes pueden entender y unir dos culturas que pocos pueden unir. No tienen que renunciar a ninguna de sus dos mitades. El español de sus abuelos y el inglés de sus calles, la comida de su casa y los sueños de este país, todo eso cabe en ustedes y los hace únicos. No escondan su raíz latina: es el tesoro que los hace distintos y valiosos.

Hay un grupo dentro de estas generaciones que merece una mención especial: los jóvenes que llegaron de niños, criados y educados aquí, que sienten este país como suyo aunque hayan nacido en otro. Para ellos, la pregunta de la identidad y la pertenencia es especialmente honda, y su búsqueda de un lugar pleno en la única tierra que conocen es uno de los capítulos abiertos de nuestra historia común.

El futuro de la comunidad latina en Estados Unidos se está escribiendo, en buena medida, en estos hijos que crecen entre dos mundos. Son el puente vivo entre lo que fuimos y lo que seremos. Y si logran, con la ayuda de sus familias, abrazar sus dos raíces sin renunciar a ninguna, serán la generación más fuerte que nuestra gente haya dado: plenamente latina, plenamente americana, y dueña de lo mejor de ambos mundos.

Capítulo 7: El idioma y la identidad

Hay un tesoro que el latino trae consigo y que ningún viaje, por duro que sea, le puede quitar: **el idioma español**. Y alrededor de ese idioma se teje una de las historias más bonitas y más tensas de nuestra vida en este país: la historia de cómo guardamos lo que somos mientras aprendemos a ser, también, de aquí.

El español es mucho más que un medio para comunicarnos. Es la lengua en que nos arrullaron, en que rezamos, en que decimos “te quiero”, en que soñamos. Es el hilo que nos conecta con nuestra tierra, con nuestros muertos, con nuestra historia. Cuando un latino, lejos de casa, escucha su idioma en una calle extraña, algo se le ilumina por dentro: es el sonido de lo suyo, la prueba de que no está tan solo. Por eso el español es, para nosotros, una raíz: lo que nos ancla a quienes somos.

Pero ya lo dijimos en otra parte de esta crónica: el inglés es el puente. Es la llave que abre las puertas del trabajo, los estudios, los derechos, la plena participación en este país. Y aquí surge una falsa disyuntiva que ha hecho daño: la idea de que hay que **elegir** entre el español y el inglés, como si aprender uno traicionara al otro. Es mentira. El latino más fuerte no es el que abandona su español por el inglés, ni el que se niega a aprender inglés por lealtad a su español. Es el que **domina los dos**: el que guarda su raíz y a la vez construye su puente. El bilingüe no tiene media identidad: tiene dos riquezas.

De ese cruce de lenguas nace algo muy nuestro, que unos critican y otros celebran: el **spanGLISH**, esa mezcla creativa con la que tantos latinos vivimos a diario, saltando de un idioma a otro a media frase, inventando palabras, haciendo del cruce una forma propia de hablar. No es ni inglés ni español “mal hablados”: es la huella viva de un pueblo que vive entre dos mundos y se las arregla para nombrarlos a los dos. Es, a su manera, un símbolo de lo que somos.

El reto, sobre todo con los hijos y los nietos, es **que no se pierda el español**. Es muy común que la tercera generación ya casi no lo hable, y con cada idioma que se pierde, se pierde también un pedazo de identidad, una llave para hablar con los abuelos, un acceso a las raíces. Por eso insisto, sobre todo a los padres: hablen español en casa, cuéntenles cuentos en español a los niños, no dejen que la prisa por integrarse les robe a sus hijos la lengua de sus abuelos. El español no es un estorbo para el éxito en este país; hoy, de hecho, ser bilingüe es una ventaja cotizada. Guardar el idioma es guardar el alma.

Porque al final, esto va de algo más grande que las palabras: va de **identidad**. ¿Quiénes somos cuando vivimos lejos de la tierra que nos formó? La respuesta de nuestra gente, una y otra vez, es hermosa: seguimos siendo nosotros mismos, sin dejar de abrirnos a lo nuevo. Podemos comer hamburguesas y también arroz con frijoles; celebrar el Thanksgiving y también las fiestas de nuestra tierra; ser hinchas de un equipo de aquí y también de la selección de allá. La identidad latina no se diluye por vivir en Estados Unidos; se enriquece, se hace doble, se vuelve puente.

La identidad no es una cárcel ni una camisa de fuerza: es una raíz desde la cual crecer. El que vive con su identidad latina sana —orgullosa de su origen, abierta a su nuevo hogar— camina por este país con la cabeza en alto y el corazón completo. Guarda tu idioma. Guarda tus raíces. Y desde ellas, crece todo lo que quieras. No tienes que dejar de ser quien eres para llegar a ser quien quieres ser.

Capítulo 8: Fe, fiesta y tradiciones — el alma que no se rinde

Si hay un capítulo que late con alegría en esta crónica, es este. Porque por más duro que sea el camino del latino en Estados Unidos, hay algo que nunca soltamos, algo que cargamos con nosotros como un fuego que no se apaga: **nuestra fe, nuestras fiestas y nuestras tradiciones**. Son, como dice el banner de la portada de este libro, *nuestras tradiciones, nuestra fortaleza*. Y no es una frase: es literalmente lo que nos ha sostenido.

Empecemos por la **fe**. Para una enorme parte de nuestra gente, la fe es el ancla del alma. La oración de la madre, la promesa cumplida, la fe en Dios o en la Virgen, la iglesia del domingo que es a la vez templo y punto de encuentro de la comunidad. En los momentos más oscuros del camino migratorio —la travesía, la soledad, la enfermedad, la escasez— muchos latinos encontraron en la fe la fuerza para no rendirse. La fe nos da algo que ningún trabajo ni ningún dinero da: la certeza de que no estamos solos, y la esperanza de que el sacrificio tiene sentido.

Sigamos por la **comida**, que para nosotros es mucho más que alimento. Es memoria, es hogar, es amor hecho sabor. La cocina de nuestra tierra —los tamales, el arroz con frijoles, las arepas, el mole, los pasteles, el sancocho, la ropa vieja, las pupusas, cada plato de cada país— es uno de los lazos más fuertes con lo que dejamos atrás. Cuando una familia latina cocina lo de su tierra en una cocina americana, está haciendo un pequeño milagro: está trayendo el país entero a la mesa. Y no es casualidad que la comida latina haya conquistado el paladar de todo Estados Unidos: porque en cada plato va un pedazo de nuestra alma.

Y lleguemos a la **fiesta y la música**, donde nuestra alegría se vuelve visible. El latino sabe celebrar como pocos. Las quinceañeras, las bodas, los bautizos, los cumpleaños, las fiestas patrias de cada país; el mariachi que rompe el silencio, la salsa que llena la pista, la cumbia, el merengue, la bachata, el folclor con sus trajes de colores. La música y el baile son, para

nosotros, una forma de resistir: la prueba de que ni el cansancio ni la nostalgia ni las dificultades pueden con nuestra alegría de vivir. Donde hay latinos, tarde o temprano, hay música, hay color, hay fiesta. Es nuestra manera de decirle al mundo que seguimos vivos y de pie.

Estas tradiciones no son un lujo ni un adorno: cumplen una función profunda. Son el **ancla de la identidad** —lo que mantiene unidos a los hijos con las raíces de los padres—. Son el **tejido de la comunidad** —lo que junta a la gente, lo que crea pertenencia en tierra ajena—. Y son, sobre todo, una **fuerza de fortaleza** —lo que nos recuerda quiénes somos y de dónde venimos cuando el país nuevo amenaza con borrarlo—. Cada vez que una familia latina celebra una fiesta, prepara su comida, baila su música o reza su oración, está plantando una bandera invisible que dice: *aquí estamos, esto somos, y no vamos a desaparecer.*

Por eso, mi consejo en esta crónica es claro: **no dejen morir las tradiciones.** Celebren, cocinen, bailen, recen, cuéntenles a los niños de dónde vienen las fiestas. No por nostalgia vacía, sino porque en esas tradiciones está la fuerza que nos ha permitido resistir y florecer. Un pueblo que conserva su cultura es un pueblo que no se rinde.

Nuestras tradiciones, nuestra fortaleza. Esa es, quizás, la verdad más alegre de toda esta crónica: que en medio de todas las dificultades, el latino trajo consigo su fe, su comida, su música y su fiesta, y con ellas hizo de este país un lugar más cálido, más sabroso y más vivo. Esa alma que no se rinde es uno de los regalos más grandes que le hemos dado a Estados Unidos. Y es, sin duda, uno de los más nuestros.

Capítulo 9: La salud de nuestra gente

Permíteme dedicar un capítulo a un tema que conozco mejor que ningún otro, porque es mi oficio y mi vocación: **la salud del latino en Estados Unidos**. Lo escribo como médico, pero sobre todo como alguien que ha visto, de cerca, cómo nuestra gente cuida —y a veces descuida— lo más valioso que tiene, que es su propio cuerpo.

Empiezo por una virtud y una trampa al mismo tiempo. El latino es, por lo general, **fuerte y aguantador**. Trabajamos enfermos, ignoramos el dolor, “le echamos ganas” aunque el cuerpo pida descanso. Esa fortaleza nos ha permitido sobrevivir a jornadas durísimas. Pero tiene un lado peligroso: muchos de los nuestros **descuidan su salud por aguantadores**. Posponen ir al médico, no se hacen un chequeo en años, dejan crecer un problema pequeño hasta que se vuelve grande. “No es nada”, “ya se me pasa”, “no tengo tiempo”, “no tengo seguro”. Y como médico, he visto demasiadas veces el precio de ese silencio.

Hay razones de fondo, y es justo nombrarlas. Muchos latinos enfrentan **barreras reales para cuidarse**: la falta de seguro médico, el miedo al costo, las dificultades con el idioma, el temor —en algunos casos— de acercarse a los servicios de salud, y la simple falta de tiempo de quien trabaja sin descanso. Esas barreras son reales y pesan. Pero quiero que esta crónica deje un mensaje claro, dicho con cariño de médico: **ninguna de esas barreras vale más que tu salud, y casi todas tienen una salida**.

Porque aquí está la buena noticia que mucha gente no conoce: **sí existen formas de cuidarse aunque no tengas seguro y aunque tengas poco dinero**. Hay centros de salud comunitarios que atienden a todos sin importar la capacidad de pago ni el estatus, cobrando según lo que ganas. Hay clínicas gratuitas, programas de medicinas baratas, recursos para emergencias. Le he dedicado guías enteras a este tema, precisamente porque me duele ver a un paisano sufrir por no saber que la ayuda existe. Cuidarse en este país es más posible de lo que muchos creen; solo hay que saber dónde

tocar.

Quiero hablar también de algo que entre nosotros todavía carga un silencio injusto: **la salud mental**. En nuestra cultura, a veces se ve como debilidad o vergüenza hablar de tristeza, ansiedad o angustia. “Eso es de locos”, se dice, o “échale ganas”. Y no es así. El peso de migrar, la nostalgia, la soledad, el estrés de sostener a todos, dejan huellas en el alma que son tan reales como una herida en el cuerpo. No hay nada de vergonzoso ni de débil en pedir ayuda para el alma. Si tú o alguien que quieres carga una tristeza muy honda, una angustia que no afloja, o pensamientos de hacerse daño, **busca apoyo: existe ayuda en español, gratuita y confidencial, como la línea 988, y centros de salud que atienden a todos**. Cuidar la mente es cuidar la salud, igual que cuidar el corazón o los pulmones.

Y permíteme, como médico, dejarte unos consejos sencillos que valen oro y no cuestan casi nada. **Hazte un chequeo aunque te sientas bien**, porque muchas enfermedades silenciosas —la presión alta, el azúcar— no avisan hasta que es tarde, y se manejan muchísimo mejor si se detectan a tiempo. **Cuida lo que comes**: nuestra comida es un tesoro, pero el exceso de azúcar, grasa y comida rápida del día a día le pasa factura al cuerpo. **Muévete**, aunque sea caminar. **Duerme lo que puedas**. **Y no uses el alcohol ni otras cosas para tapar el cansancio o la tristeza**, porque eso solo cambia un problema por otro más grande. Tu cuerpo es la herramienta con la que sostienes a tu familia: cuidarlo no es egoísmo, es responsabilidad.

Cierro este capítulo con la convicción más profunda de mi oficio. De nada sirve todo el sacrificio —el trabajo, el dinero, los sueños por los hijos— si se pierde la salud en el camino. He visto a gente dejar la vida trabajando para los suyos y enfermarse por no parar nunca a cuidarse. No seas tú esa historia. Cuídate, paisano, paisana. No solo por ti: por los que dependen de ti y te necesitan sano y de pie por muchos años. La salud es el cimiento sobre el que se construye todo lo demás. Cuídala como cuidas a tu familia, porque cuidarte a ti es, también, cuidarlos a ellos.

Capítulo 10: Las heridas — los desafíos que enfrentamos

Una crónica honesta no puede contar solo la luz. Si quiero retratar de verdad la vida del latino en Estados Unidos, tengo que hablar también de las sombras, de las heridas que cargamos. No para regodearnos en el dolor —de eso no se vive—, sino porque reconocer las heridas es parte de honrar el coraje con que las sobrellevamos. Lo haré con respeto y con cuidado, sabiendo que cada una de estas heridas tiene nombre y rostro en nuestra gente.

La primera herida, la más universal, es la **nostalgia**. Esa tristeza dulce y constante de extrañar lo que se dejó: la tierra, la familia, los olores, la vida de antes. El que emigra carga para siempre una ausencia, un pedazo del corazón que se quedó allá. Se vive con ella, se aprende a sobrellevarla, pero rara vez se va del todo. Es el precio callado de haberse ido.

Está también la herida de la **soledad y el desarraigo**, sobre todo al principio: la sensación de no pertenecer, de estar lejos de todo lo conocido, de cargar solo un peso enorme. Y aquí hablo como médico, con seriedad: ese peso emocional es real y puede hacer daño. La tristeza profunda, la angustia que no afloja, no son debilidades de carácter; son cargas humanas que a veces necesitan ayuda. Si alguno de los nuestros siente que la tristeza lo está hundiendo, que no encuentra salida, o que llegan pensamientos de hacerse daño, quiero decirle con todas sus letras: **busca ayuda, no estás solo, y mereces apoyo**. Existen líneas de crisis gratuitas y confidenciales en español —como la línea 988— y centros de salud comunitarios que atienden a todos. Pedir ayuda no es rendirse: es cuidarse, y es de valientes.

Está la herida de la **discriminación**. No todos, pero sí muchos de los nuestros, han sentido alguna vez el rechazo, el prejuicio, la mirada que mide de menos, el trato injusto por venir de donde venimos o por hablar como hablamos. Duele, y sería deshonesto negarlo. Frente a ella, nuestra gente ha respondido casi siempre de la mejor manera posible: con trabajo, con

dignidad, demostrando con hechos quiénes somos, sin dejar que el desprecio ajeno defina nuestro valor propio.

Está la herida de la **vulnerabilidad laboral**: los que son explotados, a los que no se les paga lo justo, los que aguantan abusos por miedo o por necesidad. Sobre esto he escrito guías enteras, porque la mejor defensa contra el abuso es conocer los derechos: en este país, todo trabajador tiene derechos básicos, sin importar su situación. Que nadie te haga creer lo contrario.

Y está, quizás la más profunda de todas, la herida de la **familia separada**: las fronteras y las circunstancias que parten a las familias, los padres lejos de los hijos, los años sin un abrazo, la incertidumbre que pesa sobre tantos hogares. Es un dolor enorme y muy real para una parte de nuestra comunidad, un dolor que se carga en silencio mientras se sigue trabajando y sonriendo por fuera.

Sobre los grandes debates que rodean estos temas —las leyes, las políticas, las decisiones de los gobiernos— esta crónica no toma partido: nuestra comunidad es diversa y piensa distinto, y respeto profundamente que así sea. Lo que sí afirmo, sin que sea política sino humanidad, es lo evidente: que detrás de cada cifra y cada debate hay seres humanos, familias, niños, sueños. Y que el latino, ante todas estas heridas, ha demostrado una y otra vez una capacidad de resistir que merece respeto.

Porque esa es la clave de este capítulo: nombramos las heridas, pero no nos definen. Las cargamos y seguimos. Extrañamos y trabajamos. Nos discriminan y prosperamos. Nos separan y seguimos amando a la distancia. El dolor es parte de nuestra historia, sí, pero no es el final de ella. Y de la misma tierra donde caen estas heridas, brotan también —tercos, luminosos— nuestros logros. De ellos hablo en el próximo capítulo.

Capítulo 11: Los logros — de la nada a la cima

Después de hablar de las heridas, llega el capítulo que las redime, el que me llena de orgullo escribir: el de **nuestros logros**. Porque la historia del latino en Estados Unidos no es una historia de víctimas. Es, ante todo, una historia de **triunfo**: de gente que llegó con las manos vacías y, a fuerza de trabajo y de coraje, construyó vidas, familias y sueños que merecen celebrarse.

Empecemos por el logro más callado y más inmenso: el de **la familia que sale adelante**. El padre y la madre que, con dos y tres trabajos, lograron que no faltara la comida, que hubiera techo, que los hijos crecieran sanos. Ese, aunque nadie le dé un premio, es un triunfo descomunal. Sacar a una familia adelante en tierra extraña, empezando de cero, es una de las hazañas más grandes que existen, y miles de latinos la logran cada día sin que nadie aplauda.

Sigamos por el logro que hace llorar de emoción a las familias: **la graduación de los hijos**. Esa escena que aparece en la portada de este libro —el muchacho con la toga y el diploma, rodeado de sus padres orgullosos— es uno de los momentos más sagrados de nuestra comunidad. Porque cuando un hijo de inmigrantes se gradúa, no se gradúa solo: se gradúan con él todos los sacrificios de sus padres, todas las noches de trabajo, todo el sueño que motivó la travesía. El primer profesional de la familia, el primero en ir a la universidad, es la cosecha de una siembra de sangre y sudor. Y cada año son más.

Sigamos por **el que emprende**. El que abrió su restaurante, su tienda, su compañía de limpieza o de construcción, su negocio; el que empezó vendiendo comida en una esquina y hoy tiene un local; la que comenzó limpiando casas y hoy dirige una empresa con empleados. El emprendimiento latino es una de las fuerzas más vibrantes de la economía de este país, y detrás de cada negocio latino hay una historia de alguien que se atrevió, que arriesgó, que convirtió la necesidad en oportunidad.

Y lleguemos a las **cimas más altas**. Hoy hay latinos en todos los rincones de la grandeza de este país: médicos, científicos, jueces, congresistas, generales, astronautas, atletas que rompen récords, artistas que llenan estadios y se llevan los premios más grandes, empresarios que lideran compañías enormes. Nombres latinos brillan en la ciencia, en la cultura, en los deportes, en la política, en los negocios. Cada uno de ellos es la prueba viviente de que no hay techo para nuestra gente; de que del barrio puede salir un premio, una cura, una obra que cambie el mundo.

Hay un dato que resume este capítulo mejor que cualquier discurso. La riqueza de los hogares latinos en Estados Unidos se ha **multiplicado** en la última década; cada vez más compramos casa, fundamos empresas, accedemos a estudios superiores. Es decir: no solo trabajamos duro, sino que ese trabajo se está convirtiendo, generación tras generación, en progreso real, en patrimonio, en futuro. La trayectoria de nuestra comunidad apunta hacia arriba, y con fuerza.

Quiero que quede claro lo que esto significa. Cada uno de estos logros — del más humilde al más alto— desmiente la imagen pobre que a veces se pinta de nosotros. No somos un problema a resolver: somos una promesa cumpliéndose. El latino no vino a este país a pedir, sino a aportar; no a quitar, sino a construir; no a fracasar, sino a florecer. Y los hechos, tercios, lo demuestran cada día.

De la nada a la cima. Ese es el arco de tantas historias latinas en Estados Unidos. Empezamos abajo, sí, pero miren hasta dónde hemos llegado, y miren hacia dónde vamos. Esta crónica celebra cada uno de esos logros, los grandes y los pequeños, porque todos juntos cuentan la verdad más importante de nuestra gente: que cuando a un latino le dan una oportunidad y le suman su trabajo, no hay quien lo detenga.

Capítulo 12: El sueño americano — entre el mito y la verdad

Hay dos palabras que persiguen a todo inmigrante desde antes de cruzar la frontera: **el sueño americano**. Esa promesa de que en esta tierra, con trabajo, cualquiera puede salir adelante. Es, en buena medida, la razón por la que millones de latinos lo dejaron todo y vinieron. Pero después de años de ver esta vida desde adentro, creo que esta crónica le debe a su gente una reflexión honesta sobre ese sueño: cuánto tiene de verdad y cuánto de mito.

Empecemos por el mito, porque conviene desarmarlo para no hacernos daño. El mito dice que Estados Unidos es una tierra donde el éxito es fácil, donde el dinero abunda, donde uno llega y prospera casi de inmediato. Esa versión es **falsa, y creerla hace sufrir**. Muchos llegan con esa fantasía en la cabeza y se estrellan contra una realidad muy distinta: trabajos duros, salarios que apenas alcanzan, costo de vida alto, años de esfuerzo sin ver grandes resultados. El que cree el mito se siente un fracasado cuando la riqueza no llega rápido, sin entender que el problema no era él, sino la mentira que le vendieron. Aquí nada cae del cielo, y prometer lo contrario es engañar.

Pero ojo, porque desarmar el mito no significa negar el sueño. Y aquí viene la verdad, la de verdad, la que he visto con mis propios ojos: **el sueño americano existe, pero no es magia: es construcción**. No es un premio que te dan por llegar; es algo que se levanta, ladrillo a ladrillo, con trabajo, con tiempo, con inteligencia y con perseverancia. El que entiende esto — que el sueño no se regala, se construye— deja de frustrarse y empieza a avanzar.

¿Y qué es, entonces, el sueño americano de verdad para el latino? Casi nunca es hacerse millonario de la noche a la mañana. Es algo más profundo y más alcanzable: es **el progreso a través de las generaciones**. Es el padre que llega a limpiar oficinas para que el hijo pueda estudiar. Es la

familia que, tras años de sacrificio, logra comprar una casa modesta. Es el negocio que empieza en una esquina y crece despacio. Es ver a los hijos vivir mejor de lo que vivieron los padres. El sueño americano latino casi nunca se cumple en una persona: se cumple en una familia, a lo largo del tiempo. El que siembra muchas veces no come del árbol; lo siembra para que coman sus hijos. Y eso, lejos de ser un fracaso, es la forma más noble del sueño.

He visto ese sueño cumplirse miles de veces, y por eso creo en él. He visto al que llegó sin nada tener, veinte años después, su casa, su negocio, sus hijos profesionales. He visto a la que limpiaba casas ver a su hija graduarse de la universidad. He visto el milagro lento y real del progreso construido con sudor. El sueño americano no es una mentira; es una verdad que cuesta, que toma tiempo, y que recompensa al que persevera con cabeza.

Por eso, mi consejo en este capítulo es de equilibrio. **No creas el mito, que te hará sufrir; pero no abandones el sueño, que te hará crecer.** No esperes que sea fácil ni rápido, pero no dejes de creer que es posible, porque lo es. Ponte metas reales, trabaja con constancia, edúcate, ahorra, ayuda a los tuyos a subir, y mide tu éxito no en lo que tienes hoy comparado con un millonario, sino en lo que has avanzado desde donde empezaste, y en lo que les estás dejando a los que vienen detrás.

El sueño americano, para nosotros, no es una promesa vacía ni una fantasía ingenua. Es un proyecto de familia, de paciencia y de trabajo. Y cuando se entiende así —sin el mito que decepciona y sin perder la fe que impulsa—, ese sueño no solo es posible: es, para el latino que persevera, una de las historias más reales y más repetidas de este país. Lo hemos cumplido millones de veces. Y lo seguiremos cumpliendo, una familia, una generación, un ladrillo a la vez.

Capítulo 13: El futuro es nuestro

Toda crónica honesta, después de contar de dónde venimos y dónde estamos, debe atreverse a mirar hacia adelante. Y cuando miro el futuro de la comunidad latina en Estados Unidos, lo que veo no me deja duda: **el futuro, en gran medida, es nuestro**. No por arrogancia, sino por la fuerza tranquila de los hechos.

Empecemos por lo más simple: **somos cada vez más, y cada vez más arraigados**. Ya somos más de uno de cada seis habitantes de este país, y nuestra proporción sigue creciendo, sobre todo —como ya conté— por los hijos que nacen aquí. Eso significa que el rostro de Estados Unidos del mañana será, inevitablemente, más latino que el de hoy. Las escuelas, las universidades, las empresas, las instituciones, los gobiernos: todos tendrán cada vez más caras, nombres y voces como las nuestras. No es una proyección lejana; ya está ocurriendo.

Sigamos por lo económico, que ya vimos en otra parte de esta crónica: somos uno de los **motores del crecimiento** de este país. Nuestra población joven sostiene la fuerza laboral; nuestro consumo mueve mercados enteros; nuestro emprendimiento crea empleo e innovación. A medida que las generaciones mayores del país se jubilan, son los trabajadores latinos quienes llenan los huecos y mantienen la economía en pie. Estados Unidos no solo tiene un futuro latino: lo **necesita** para prosperar.

Pero el futuro más prometedor no está en las cifras: está en **nuestras nuevas generaciones**. Esos hijos y nietos biculturales de los que hablé —bilingües, educados aquí, con la fuerza de trabajo de sus padres y las oportunidades de este país— son la generación más preparada que nuestra gente haya dado jamás. Cada año, más de ellos se gradúan, emprenden, llegan a posiciones de liderazgo, ocupan espacios donde antes no había latinos. Llevan en la sangre el sacrificio de quienes llegaron y en las manos las herramientas para volar más alto. Esa generación va a transformar este país, y lo va a hacer para bien.

Tengo, eso sí, una convicción sobre cómo debe construirse ese futuro, y la digo como consejo de hermano mayor a toda nuestra comunidad. Nuestro futuro será tan grande como nuestra capacidad de **prepararnos y unirnos**. Prepararnos: que las nuevas generaciones estudien, aprendan, se capaciten, no se conformen con el primer escalón. Y unirnos: que dejemos de mirarnos como mexicanos, cubanos, salvadoreños o colombianos por separado, y nos reconozcamos como lo que somos ante el futuro, una sola gran comunidad latina con una fuerza enorme cuando camina junta. Divididos somos muchos grupos pequeños; unidos somos una de las fuerzas más poderosas de este país.

Quiero dejar también un mensaje para los que vienen detrás, para los hijos de nuestros hijos que algún día quizás lean esta crónica. Quiero que sepan de dónde vienen: de gente que lo dejó todo, que cruzó desiertos y mares, que trabajó hasta el agotamiento, que aguantó la nostalgia y el desprecio, todo para que ellos pudieran tener una vida mejor. Que nunca olviden ese sacrificio, ni la lengua, ni las tradiciones, ni la fe que los trajo hasta aquí. Porque un pueblo que sabe de dónde viene es un pueblo imparable hacia donde va.

El fénix de la portada de mi otra guía renace de las cenizas. Nuestra comunidad ha hecho algo parecido: de las cenizas de todo lo que dejamos atrás, hemos hecho nacer una vida nueva, próspera y digna, en esta tierra. Y lo mejor todavía no ha llegado. El futuro de Estados Unidos se escribirá, en buena parte, con manos, voces y sueños latinos. Ese futuro no hay que pedirlo ni esperarlo: ya lo estamos construyendo, cada día, con trabajo y con esperanza. El futuro es nuestro. Vamos a estar a la altura de él.

Epílogo: Nuestras tradiciones, nuestra fortaleza

Llegamos al final de esta crónica, y quiero cerrarla como la empecé: con el corazón en la mano y con orgullo de los nuestros.

He intentado contar, en estas páginas, la vida del latino en Estados Unidos lo más completa y honesta que pude. Conté del que llega y su travesía; del mosaico de pueblos que somos; de las manos que sostienen este país; de la familia que es nuestro centro; de los hijos que crecen entre dos mundos; del idioma y la identidad que guardamos; de la fe, la fiesta y las tradiciones que nos anclan; de las heridas que cargamos con dignidad; de los logros que celebramos; y del futuro que ya estamos construyendo. Una vida entera de un pueblo entero, en unas cuantas páginas que, sé bien, se quedan cortas ante la inmensidad de tantas historias.

Si algo quiero que te lleves de esta crónica, es esto: que **seas latino o no, ahora sabes quiénes somos de verdad**. No la caricatura, no el titular, no la estadística fría. Somos gente de trabajo y de fe, de familia y de fiesta, de heridas y de triunfos. Somos millones de historias de coraje. Somos parte del corazón y del motor de este país. Y lo somos sin haber renunciado a lo que trajimos en la maleta: nuestra lengua, nuestra cultura, nuestra alma.

A mis hermanos latinos que lean esto, les dejo un último abrazo y una última verdad. Han pasado por mucho. Han dejado atrás más de lo que muchos imaginan. Han trabajado más duro de lo que nadie les reconoce. Y aun así, aquí están: de pie, sacando a los suyos adelante, enriqueciendo esta tierra, sin rendirse. Estén orgullosos. Profundamente orgullosos. Porque la suya es una de las historias más dignas que existen.

Y recuerden siempre la frase que ha sido el alma de este libro, la que resume de dónde sacamos la fuerza para todo lo demás: **nuestras tradiciones, nuestra fortaleza**. Mientras conservemos lo que somos —nuestra familia, nuestra fe, nuestra cultura, nuestra manera de querer y de luchar—, no habrá frontera, ni dificultad, ni desprecio que pueda con nosotros.

Esta crónica fue, desde la primera línea, un acto de amor por mi gente. Espero haber estado a la altura de ustedes. Gracias por dejarme contar, aunque sea un pedacito, nuestra historia.

Que viva nuestra gente. Que vivan nuestras tradiciones. Y que siga creciendo, fuerte y digna, la vida del latino en Estados Unidos.

Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaquirre · RP #108356

Sobre el autor

Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre es médico de formación (Medicina General Integral y residencia en Urología), graduado en Cuba, donde ejerció antes de denunciar públicamente las carencias del sistema de salud, motivo por el cual fue expulsado del sistema sanitario cubano en 2021. En 2022 emigró a los Estados Unidos por una ruta de varios países que incluyó el cruce de la selva del Darién, y se estableció en Houston, Texas.

Conoce en carne propia la vida que retrata en esta crónica: la travesía, el desarraigo, el trabajo desde abajo, la reinención y el orgullo de las raíces. Escribe para darle voz, información y aliento a la comunidad hispana de Estados Unidos. Es autor de *Sobreviviendo al caos: La Cuba paralela* y de la *Biblioteca Latina de Supervivencia en EE.UU.*, una colección de obras dedicadas a acompañar al inmigrante latino en cada aspecto de su nueva vida.

Nota: el autor es médico formado en Cuba. Esta obra es de carácter cultural, testimonial y de homenaje, y no constituye asesoría legal, migratoria, médica ni financiera.

Otros títulos de la Biblioteca Latina de Supervivencia en EE.UU.

Esta crónica retrata la vida del latino; estos títulos te ayudan a construirla, paso a paso:

- *Manual del Latino Recién Llegado.*
- *Cómo Empezar de Cero en Otro País: Guía de Reinención.*
- *Manual Emocional del Exiliado.*
- *Tu Salud en Estados Unidos.*
- *Las industrias que más contratan y cómo crecer en ellas.*
- *Padres Latinos, Hijos Americanos: Criar entre Dos Culturas.*

Esta obra es una crónica de carácter cultural, testimonial y de homenaje. Refleja a grandes rasgos la experiencia de una comunidad diversa, y ninguna obra puede representar a todos. Las cifras citadas son de referencia y provienen de estudios recientes. No constituye asesoría legal, migratoria, médica ni financiera. Si experimentas angustia emocional profunda, busca apoyo profesional; puedes llamar o escribir al 988 (en español, gratuito y confidencial).

Dr. Alexander Jesús Figueredo Izaguirre · RP #108356